

MIGUEL GIUSTI
RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA
(EDITORES)

UNIVERSIDAD Y NACIÓN

Capítulo 4



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Universidad y nación

Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (editores)

© Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11642

ISBN: 978-612-4146-48-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361300637

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

UNIVERSIDAD Y NACIÓN EN LA GENERACIÓN DEL VEINTE

Germán Peralta
Universidad Federico Villareal

La generación de la década de 1920 fue llamada indistintamente *generación del centenario* o *generación de la reforma*. Lo primero por ser la generación que surge a la vida pública en torno a los años del centenario de la Independencia de España y lo segundo por el discurso de ruptura que plantea desde los claustros universitarios. De acuerdo a Raúl Porras Barrenechea, también podría llamársela *generación vetada*, esto en función del compromiso social que impulsaron sus vanguardias, el cual generó el marginamiento y la persecución política de los que fueron objeto por parte de las oligarquías gobernantes; y, por tanto, de la invisibilidad a la que fueron sometidos buena parte de sus integrantes. En este artículo pretendemos demostrar cómo, a partir de los presupuestos que plantearon aquellos jóvenes, la universidad peruana se vio obligada a llevar a cabo importantes cambios, tanto en el plano académico como en el gobierno institucional.

La Universidad de San Marcos, fundada en 1551, es la institución que sirvió desde el campo educativo al fortalecimiento de la política de dominación que imponían los españoles. De su recinto surgieron los intelectuales y profesionales que afirmaron los paradigmas de la cultura

de dominación. Con excepción de las cátedras de quechua, no existió otro intento académico por involucrarse y conocer el mundo de los vencidos. Dichas cátedras no eran enseñadas exclusivamente por interés científico o para comprender la sociedad y la cultura indígena; resultaban el medio para afirmar la dominación. El sino de la universidad colonial fue formar profesionales que afirmaran el conocimiento del derecho, la filosofía, el latín, la lengua hispana y la gramática, obviando estudiar los diversos y heterogéneos aspectos de la realidad y culturas nativas. A decir de Haya de la Torre, «en el Perú, por varias razones, el espíritu de Colonia ha tenido su hogar en la universidad» (1967 [1924], p. 43). De este modo, la universidad resultaba una institución que vivía de espaldas al país y preñada de una visión escolástica y monástica. Es decir, solo difundía la cultura y la visión de la ciudad letrada como medio para establecer la hegemonía de la cultura occidental. Más adelante precisará que esta prolongación o supervivencia bajo la República se debe a la hegemonía de la vieja aristocracia colonial.

Así, los profesionales formados en los claustros sanmarquinos estuvieron al servicio de una sociedad piramidal afirmada en la desigualdad y la exclusión. Además contaban con la celosa presencia de la Inquisición que no permitía el ingreso y menos aún la circulación de obras consideradas contrarias al pensamiento oficial. En términos generales la universidad resultó prisionera del sistema político imperante. Rara vez hubo pensamiento de ruptura o pudo observarse en sus aulas a estudiantes de los sectores populares.

San Marcos, a lo largo de su ciclo colonial, resultó el espacio de afirmación y difusión de los valores predominantes del dominador que se incoaron a lo largo de todo el gobierno virreinal. Aunque a partir de las reformas borbónicas hubo un breve paréntesis de cambio, pese a este pequeño esfuerzo, nunca dejó de vivir de espaldas a la realidad nacional. Después de la Independencia y durante todo el siglo XIX, con el breve interregno de los aportes del pensamiento liberal

de Pedro Gálvez y Sebastián Lorente, el claustro universitario no impulsaba una actividad científica de acuerdo a los nuevos tiempos. Esta también será la opinión de un intelectual como Víctor Andrés Belaunde, a quien no se le puede acusar de radical, y quien manifiesta que «Las universidades fueron las únicas instituciones virreinales que respetó el torrente revolucionario. Prolongando su vida después de la Independencia, forman el lazo de unión entre la Colonia y la República y encarnan la continuidad de nuestra historia» (1987, p. 227). Más adelante afirmará que en la universidad escolástica no pudo haber, ni hubo, asomos de dirección nacionalista, pues esta mantuvo un pensamiento medieval y no tuvo orientación. Las innovaciones que se implementaron en la República fueron muy reducidas, el espíritu del tiempo no había eliminado de raíz esa visión europeísta, clasista y sesgada de sus asignaturas. En términos generales, el debate científico en su seno estuvo ausente. Otras instituciones como el Real Convictorio de San Carlos de Lima en el siglo XVIII y comienzos del XIX cobrarían mayor prestigio que la vieja Universidad. La independencia política de España no modificó mayormente la calidad ni la orientación de la enseñanza universitaria. En los últimos 25 años del siglo XIX, después de la guerra con Chile, hubo un renacer en la creación y la ciencia sanmarquina. Los vientos de cambio los imponía, a su manera, el idealismo y el positivismo. De acuerdo con Luis Alberto Sánchez, la universidad se había detenido en su marcha científica, si alguna vez la tuvo, pues el afirmará que

[...] no había encarado aún su problemática esencial. Vivía en el campo de las ideologías y dentro de una corriente de autoritarismo institucional y de centralismo cultural. La universidad tenía cerrados los poros. Hasta ahí había sido fiel a la tendencia aristocrática y oligárquica de la vida social en general. Por eso se había hecho verbalista y declarativa (1962, p. 31).

LOS NOVECENTISTAS O LA GENERACIÓN PRECEDENTE

Herederos de una mentalidad colonialista y de un debacle nacional, por los efectos de la guerra con Chile, los estudiantes que cruzan la frontera del novecientos lo hacen impulsando un ambiente modernizador sustentado en el positivismo. A estos jóvenes intelectuales se les caracteriza como novecentistas y en sus filas encontramos conservadores, idealistas, positivistas, tradicionalistas o europeístas. Sin embargo, no podrán entenderse los cambios que más adelante estremecerán los claustros universitarios sin el aporte que desplegó esta generación por comprender los problemas del país. Sin los estudios de José de la Riva-Agüero, Francisco y Ventura García Calderón, Luis E. Valcárcel, Julio C. Tello, Víctor Andrés Belaunde y José Gálvez, entre los más destacados, la generación del veinte es ininteligible. Los novecentistas son precursores de la modernidad, pues abrieron el surco de trabajos sobre la realidad nacional, afirmando el proceso histórico y la literatura peruana. Ellos, desde el seno de la universidad, plantearon el problema nacional y bajo una perspectiva positivista buscaron despejar los interrogantes sobre nuestro derrotero cultural. Cabe señalar que lo hicieron imbuidos de la ciencia y la razón, paradigmas propios del positivismo.

Por tanto, calificarlos —como efectivamente se hizo— de *europeístas* resulta injusto pues sus reflexiones e investigaciones se sustentan en la indagación sobre el proceso peruano; son, en cambio, como la generación del veinte, *historicistas* en búsqueda de aquello que Víctor Andrés Belaunde llamaba *la peruanidad*, que no era otra cosa que el problema nacional bajo la perspectiva de una concepción de la historia como síntesis. Este es el caso, por ejemplo, de Francisco García Calderón a través de su obra más importante, *El Perú contemporáneo*, escrita en francés y publicada en París en 1907, obra lamentablemente de escasa circulación y recién traducida y publicada en el Perú 74 años

después (1981)¹; de los trabajos de Julio C. Tello en arqueología; de los ensayos sobre el problema social de Luis Miró Quesada; de los aportes de Víctor Andrés Belaunde, o de la exquisita obra literaria de Ventura García Calderón en cuento y poesía. Finalmente, José de la Riva-Agüero, con brillante erudición y estupenda pluma, deslumbró con sus estudios sobre literatura e historia respectivamente. En resumen, los novecentistas sí plantearon el problema nacional desde una perspectiva elitista e idealista y, como lo afirma Luis Alberto Sánchez, «el cuadro que presenta García Calderón es, pues, un cuadro idealista y europeizante» (1981, p. 5). No obstante, no hay que olvidar que toda esta reflexión tuvo por finalidad plantear una visión, como diría más adelante José de la Riva-Agüero, *reaccionaria*, entendiendo el vocablo como una reacción contra todo lo existente.

En virtud de sus aportes, la generación del veinte inicialmente los consideró sus maestros para al poco tiempo negarlos dialécticamente y acecharlos con la crítica. Es probable que Luis Alberto Sánchez, con su polémico *Balance y liquidación del novecientos* resulte el estudioso más punzante y quien mejor sintetice las críticas de los intelectuales de su generación. Otro joven, Jorge Basadre, manifestará las razones de este juicio al afirmar que:

La generación de Riva-Agüero, más que «futurista» fue tradicionalista. Figuraron entre sus elementos más importantes, apellidos sonoros; rodeó a sus maestros más destacados, Prado y Deustua y a Palma y se vio pronto dueña de prestigio. Pero de ella, contra todos los augurios favorables, nos quedan libros, artículos, versos, pero no acción. Con personal para ir al Parlamento solo ha podido llegar hasta la universidad. Ni siquiera nos ha dejado una obra de conjunto, una gran revista o una eficaz institución.

¹ Existe otra edición publicada por el Fondo Editorial del Congreso del Perú en 2001. Dicha edición es la segunda de la preparada por Luis Alberto Sánchez; solo se añade el prólogo de Francisco Tudela.

Vencida políticamente sin luchas ni gloria, está llegando a la vejez con la enorme responsabilidad de haber consentido formarse el negro panorama político actual (1924, p. 11).

La crítica del joven Basadre —que expresa la de toda su generación— es devastadora: enjuicia las debilidades de los novecentistas, enumera y enrostra sus errores; sin embargo, en ella hay un tácito reconocimiento a su obra, a su vocación por estudiar los problemas nacionales, a su apasionada erudición. Al calificarlos como «elementos de apellidos sonoros» está aludiendo a que eran hijos del orden oligárquico, jóvenes aislados del Perú profundo. Al respecto, Hugo Neira señala que son «notables que se dirigen a un público de notables» (1996, p. 367). Devenían en teóricos de la realidad nacional con escaso interés por el problema popular y fueron agentes de una intrascendente acción social, constituyéndose en personalidades individualistas, cómplices de la crisis política. Fueron vencidos sin combate, empero de ninguna manera puede afirmarse que no se interesaron por el problema nacional.

Ahora bien, es conveniente precisar que cuando Basadre escribe su artículo hacía ya cinco años que Riva-Agüero se encontraba autoexiliado en España, tres años que Víctor Andrés Belaunde y Luis Fernán Cisneros habían sido deportados, en tanto que Francisco y Ventura García Calderón radicaban en París desde hacía dieciocho años. En otras palabras, *Le Pérou contemporain* y *La creación de un continente*, obras importantes, ya circulaban en los pequeños círculos intelectuales peruanos. El Partido Nacional Democrático fundado por Riva-Agüero yacía en el olvido. Y Belaunde había publicado «Nuestra crisis».

Como consecuencia del interés y la toma de partido de los estudiantes por la acción social, se acrecentó la ruptura. Víctor Raúl Haya de la Torre proclamaba la imperiosa necesidad de la acción social. El desencuentro entre ambas generaciones resultó inevitable. Los cambios que se suscitaban en el ámbito mundial impulsaron una toma de conciencia más profunda sobre los problemas sociales y nacionales. Se abrió un nuevo escenario a escala mundial y regional: la Revolución mexicana,

la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa y la Reforma Universitaria fueron cuatro acontecimientos externos que determinaron la ruptura con los novecentistas, impulsando la búsqueda de nuevos horizontes teóricos, así como nuevos espacios de acción más allá del claustro universitario. En el campo de las corrientes filosóficas y sociológicas, la ruptura se debe a la empatía que asumen los jóvenes por el neoidealismo bergsonianiano y el marxismo.

LA REFORMA UNIVERSITARIA Y EL PROBLEMA NACIONAL

Cuando el 15 de junio de 1918, los estudiantes de la Universidad de Córdoba, Argentina, lanzaron el grito de reforma, lo hicieron contra una universidad anclada en el pasado; era la denuncia contra una institución totalmente desfasada frente a los avances científicos, aferrada en transmitir conocimientos anacrónicos y con programas opuestos a toda modernización. Los jóvenes cordobeses afirmaban que como «Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica» (Mazo, 1967, p. 1). Los estudiantes cordobeses partían del pleno conocimiento de que la situación de su universidad no era un problema propio de su ciudad; por ello afirmaban que «estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana» (1967, p. 1).

En consecuencia, el 21 de junio lanzaron el Primer Manifiesto con duras críticas a una universidad repetitiva, desfasada de los avances científicos, y a un profesorado desactualizado que no investigaba los problemas nacionales. Rechazaban el oscurantismo académico. Hacían un fervoroso llamado a estudiar los problemas nacionales: «Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil» (p. 1).

Para los estudiantes, la universidad no entendía hasta ese entonces que su razón de ser, su prioridad sustantiva, consistía en difundir los últimos avances científicos; investigar, analizar y proponer alternativas

de cambio de la realidad nacional; comprometerse con los problemas del país; determinar el carácter de la sociedad, y plantear científicamente los alcances de solución. La universidad era una institución agotada, incapaz de comprender que existía un malestar por su mal funcionamiento. Frente a este contexto, los estudiantes buscaban una universidad eficaz y científica. Y dicha actitud no se redujo a las aulas universitarias sino que irrumpió en las calles. De este modo, el movimiento estudiantil tuvo una plataforma unitaria de ocho puntos y hubo programas de lucha que enervaron muchas veces a los propios actores.

Posteriormente, el movimiento trascendió las fronteras argentinas: en Perú, especialmente en San Marcos, la noticia de la Reforma fue bien recibida por el alumnado, pues allí, como en las universidades de Arequipa, Trujillo y Cusco, ya existían los centros universitarios, estos, organizaciones estudiantiles desde las cuales se impulsaba un incipiente movimiento.

Seguidamente, en marzo de 1917, en San Marcos, se dieron los primeros pasos para fundar la Federación de Estudiantes del Perú (FEP). El propulsor de esta organización estudiantil fue el joven estudiante de medicina, Fortunato Quezada. Entre los actores iniciales se encontraban Hernando Lavalle, Luis Alberto Sánchez, Modesto Villavicencio, Raúl Porras Barrenechea. Víctor Raúl Haya de la Torre y César Elejalde Chopitea participaron como delegados por la Universidad de Trujillo. La primera Junta Directiva de la FEP se eligió el 6 de julio de 1917 y la presidió el trujillano Fortunato Quezada².

Luego, la Federación tuvo un desarrollo vacilante, sin mayor trascendencia y con síntomas de divisionismo. Por esos meses Haya de la Torre, quien había sido elegido vice presidente honorario en la primera Junta Directiva de la FEP³, se embarcó casi inmediatamente rumbo al Cusco para trabajar como secretario del prefecto durante ocho meses.

² *La Prensa*, 8 de julio, 1917, p. 4.

³ *La Prensa*, 8 de julio, 1917, p. 4.

Allí entró en contacto con estudiantes, profesores universitarios, organizaciones campesinas y proletarias. Fue en esta época que impulsó dos importantes proyectos para erigir monumentos a Manco Cápac y Túpac Amaru, escribiendo dos artículos al respecto.

A inicios de 1919, la Federación Obrera Local convocó a una huelga general reclamando la jornada de ocho horas de trabajo y en enero de ese mismo año, el proletariado solicitó a la Federación de Estudiantes su participación. Así nombraron a tres delegados. En esta designación destacó la fuerte participación regional del movimiento estudiantil, pues los tres integrantes de la Comisión eran estudiantes trujillanos: Víctor Raúl Haya de la Torre, Valentín Quesada y Bruno Bueno de la Fuente⁴. Luego de una lucha intensa, los obreros lograron la conquista de las ocho horas diarias. Así, se inició una relación más intensa entre los estudiantes y el proletariado, mientras que al interior del movimiento estudiantil se presentaron problemas: el presidente de la FEP, Felipe Chueca, convocó a elecciones.

Así, la reforma del claustro devino en tarea impostergable. Ante la total ausencia de la Federación para impulsar la protesta, los estudiantes organizaron el Comité General de la Reforma. Luego de varios días de discusión, concluyeron con la redacción de un Manifiesto, el mismo que fue apoyado y publicado en *La Razón* los días 26 y 27 de julio de 1919, periódico dirigido por José Carlos Mariátegui y Jorge Falcón, quienes previamente habían renunciado a *El Tiempo*, convirtiéndose, a partir de la fecha, en uno de los apoyos más firmes del movimiento.

El Manifiesto estuvo firmado por el Comité General de la Reforma, constituido por José Manuel Calle, Raúl Porras Barrenechea, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Guillermo Leguía, Jacobo Hurwitz, Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez. En él expresaron con claridad la postura de la juventud frente a la universidad y su relación con el problema nacional. Para los jóvenes, las reformas no solo eran académicas

⁴ *El Tiempo*, 12 de enero de 1919, pp. 2-3.

sino que estaban directamente vinculadas al problema nacional: «Por vez primera los universitarios hablan al país en nombre del ideal de cultura. Nuestra palabra interpreta el sentimiento de la nacionalidad y el entusiasmo y la esperanza de veinte generaciones» (1919, párrafo 1). Más adelante afirmaron su compromiso con el estudio de la realidad nacional y precisaron sus objetivos al manifestar que:

Perseguimos la organización nacional por medio de la cultura nacional. Queremos descolonizarnos un tanto de las metrópolis científicas europeas; aspiramos al conocimiento de nuestro mundo por nuestro propio esfuerzo intelectual; tratamos de acabar con la disociadora aristocracia universitaria, infiltrando la ciencia que democratiza y unifica; deseamos curarnos de las nocivas abstracciones y del extranjerismo ideológico, desviado y enervante: anhelamos formar nuestro criterio positivo para el análisis de este enfermo yacente que se llama Perú. Y para obtener todo esto necesitamos fundar la Universidad Peruana, cálido regazo de la patria futura, robusto seno de vitalidad mental, materna directora de actividades prácticas y de fecundos ideales nacionales (párrafo 2).

El Manifiesto continúa expresando los aspectos de ruptura con la universidad decimonónica atrapada en el desencuentro con lo nacional y la afirmación de una identidad propia; asimismo, sostiene que a través de estudios actualizados y científicos tendrían un conocimiento más correcto y menos ideologizado de la realidad peruana. La nacionalidad, pues, solo era posible fundando, reorganizando todo y creando una nueva universidad, es decir, reformando y actualizando sus programas, y para ello planteaban, más adelante, que:

San Marcos se adaptará a la vida y al país [...] Y ya no hará pensar a la juventud con un cerebro francés de importación, sino con un cerebro peruano dirigido hacia las cosas propias del terruño.

La vasta e intocada realidad nacional está abierta al universalismo generoso. La incógnita histórica; los pesantes problemas de la raza

y de la higiene; la estrechez económica y el desarrollo de la riqueza; la reforma de los viejos moldes de organización política; [el saneamiento] de nuestra contradictoria legislación civil; hasta, diremos, la formación de la conciencia moral y nacional deben ser los puntos de mira de nuestra Universidad (párrafos 12 y 13).

Este documento fue la primera expresión pública de un colectivo juvenil, el anuncio apasionado que propone que la academia piense y trabaje en la búsqueda de reconocer a los verdaderos actores sociales del país y de responder a las preguntas de qué somos y adónde vamos. La propuesta se planteó en tres tiempos: reconocer el pasado como elemento sustantivo, actuar en el presente y proyectarse al futuro. Los estudiantes transitaban afirmando el estatuto de un discurso nacionalista desde los predios universitarios. Dicho discurso encerraba un claro corte historicista a largo plazo. Realistamente inalcanzable, devenía utópico, voluntarista, aunque preñado de profundo afán por diseñar el modelo de una nueva universidad nacional. Así, en todo el Manifiesto se evidencia un discurso integrador de valores éticos con la nación, el poder y la universidad. La propuesta comprende al pasado como instrumento para diseñar el futuro diferente; en ese sentido, impulsa un nuevo enfoque de memoria, pues la vinculaban con expectativas futuras: saber qué hemos sido y qué somos para proyectarnos hacia la empresa que construya el nuevo proyecto de sociedad.

Mientras esto sucedía, la Federación de Estudiantes atravesaba una crisis. Los estudiantes no se ponían de acuerdo sobre los caminos que debía tomar su organización. En esa coyuntura, surgieron los enfrentamientos y el presidente de la Federación, Hernando de Lavalle, renunció. Luego, la Federación sorteó la crisis y reanudó sus actividades convocando a elecciones. Así, en octubre se eligió a Haya de la Torre como presidente⁵. A partir de este sufragio, retornó la unidad y comenzó

⁵ El 6 de octubre de 1919 se eligió la nueva directiva de la Federación de Estudiantes del Perú. En ella se escogió como presidente a Haya de la Torre.

la interesante apuesta de los estudiantes por impulsar la Reforma Universitaria y entrar en contacto con dos de los actores sociales excluidos: los obreros y los campesinos, integrantes mayoritarios de la nación peruana. Tomada la decisión, la vanguardia estudiantil se preparó para llevar a cabo el rol de actividades.

Fue así como el proyecto del Congreso de Estudiantes que no había podido ser realizado por las directivas anteriores se retomó; era la oportunidad de convocarlo para, desde este conclave juvenil, discutir y aprobar la plataforma de trabajo. Haya de la Torre logró vencer todas las dificultades y finalmente lo organizó en marzo de 1920 (Cossío del Pomar, 1961, pp. 130-132). El evento anunciaba el objetivo de los estudiantes: tomar acuerdos desde la capital del Tahuantinsuyo como un gesto simbólico que significaba el retorno a los orígenes de la cultura peruana. Se buscó, de este modo, aprobar una agenda de propuestas desde el centro de la nación peruana. Es evidente, por tanto, que en tal decisión bullía una clara mentalidad nacionalista y que se trató de iniciar la discusión sobre los problemas del país. En consecuencia, este resultó el paso más importante que asumía la joven intelectualidad por tocar directamente los verdaderos y reales problemas del país; era el compromiso de los universitarios por consolidar a los protagonistas de la nación y, por ende, fortalecer la conciencia nacionalista.

Así, el conclave estudiantil se presentaba sumamente interesante, pues de un lado se planteó democratizar y modernizar la universidad y, de otro, abrir la discusión sobre el problema nacional. Sus conclusiones serían la plataforma para las actividades por realizar. Los temas que se acordaron discutir en el Congreso estaban referidos a educación, derechos cívicos, acciones culturales con la sociedad por parte de los universitarios y sus vínculos con los sectores populares, y también se planteó la regionalización como opción de integración nacional. Tres temas tenían que ver directamente con los sectores populares: a) las enfermedades en el ámbito regional y su profilaxis; b) alcoholismo y cocainismo, tóxicos y alcaloides, y c) la educación con la población indígena.

Finalmente el tema que concitaba mayor interés en el plano propiamente gremial era la solución a los conflictos estudiantiles y la búsqueda de la unidad a través de la Federación de Estudiantes. La agenda del Congreso quedó establecida en los siguientes puntos:

1. Reforma de la enseñanza (Guzmán Barrón)
2. Orientaciones de la literatura nacional (Porras Barrenechea)
3. Cumplimiento de los deberes cívicos de los estudiantes (Roldán)
4. Acción cultural de la Federación de Estudiantes (Carvalho)
5. La Federación de Estudiantes y el Pueblo (Gómez)
6. El regionalismo y su orientación como factor de unidad nacional (Gil)
7. Las enfermedades regionales y su profilaxis (Guzmán Barrón)
8. Cultura eugénica moral y física del estudiante (Avenidaño)
9. Alcoholismo, cocainismo, tóxicos y alcaloides (Luna Cartland)
10. Orientación de la educación indígena (Galván)
11. La solución de los conflictos estudiantiles (Basadre).

El Congreso fue todo un éxito. Entre los acuerdos más importantes a los que se llegó en el Cusco destaca el de la creación de la Universidad Popular. A partir de 1920 se comenzaron a implementar los acuerdos. De este modo, la Universidad Popular funcionó a partir del 22 de enero de 1921. En ese ambiente se concertaron alianzas y aproximaciones con el proletariado y campesinado, y los jóvenes abrieron el debate nacional enfatizando los innúmeros problemas de explotación laboral y la total ausencia del Estado en el cumplimiento de sus responsabilidades.

De otra parte, el compromiso de los jóvenes de vanguardia se hizo realidad a través de diferentes actividades: el periodismo fue el medio para que realizaran sus campañas a favor de los trabajadores y la Reforma Universitaria, así como también lo hicieron en sus ensayos y creaciones literarias. Estos fueron los casos, por ejemplo, de Antenor Orrego, César Vallejo, Alcides Spelucín y José Eulogio Garrido desde *La Reforma*, *La Industria*, *Libertad* y *El Norte*, en Trujillo;

Luis Velazco Aragón y Luis Delgado, en el Cusco; Miguel Ángel Urquieta y Alberto Guillén desde *La Semana*, en Arequipa, así como José Carlos Mariátegui. Si bien este último no era universitario, devino en un fiel y destacado compañero de los universitarios a quienes apoyaba y con quienes combatía desde las mismas trincheras, siendo así que desde *El Tiempo* y *La Razón*, diario y revista respectivamente, escribió en defensa de la reforma universitaria y los trabajadores. Estos jóvenes, a finales de la década de 1910, estuvieron comprometidos con el cambio y a lo largo de la década de 1920 fundaron periódicos y revistas y desde ellas intensificaron su apoyo a las reivindicaciones proletarias y campesinas. Fue en la cotidianidad en la que descubrieron que el sentimiento nacional pasa por la construcción de la nación y que esta última se afirma en la capacidad de reivindicar la calidad de ciudadanos y, por tanto, en la protección de los derechos y reclamos de las clases marginadas.

De acuerdo con el historiador Alberto Flores Galindo, Basadre manifestó que esta fue la generación que descubrió al indio; sin embargo, igual apreciación la encontramos tempranamente ya en Haya de la Torre cuando afirma que:

Al ver hecho realidad un movimiento de la nueva generación cusqueña en favor del indio, he recordado que hace siete años, el congreso de la Reforma Universitaria —el Primer Congreso Nacional de Estudiantes peruanos, reunido en el Cusco, como un símbolo de la labor precursora— proclamó entre los grandes deberes de nuestra generación, la reivindicación material y espiritual del indígena explotado. En el espíritu de aquellos debates memorables, intento inicial de la obra magnífica de nuestra generación, triunfó el propósito de hacer de la solución del problema del indígena una tarea gloriosa de la juventud (1931 [1927], p. 34)⁶.

⁶ Fragmento del mensaje dirigido a Casiano Rado, secretario del Grupo Renacimiento del Cusco, escrito en el destierro a mediados de 1927 y publicado en la *Voz del Interior* de Córdoba el 27 de agosto de ese año.

Si bien anteriormente se plantearon una serie de medidas sobre su situación, la generación del veinte lo asumió plenamente, desde diversos planos, como una de sus principales tareas. Así, fue en esta década en la que se inició el *indigenismo* tanto literario como plástico. Ahora bien, este vocablo no nació como propuesta de José Sabogal, sino como un apelativo peyorativo que le lanzó uno de sus críticos. Para este último la exposición de Sabogal no representaba a la plástica nacional, pues en sus lienzos no había naturaleza muerta, ni paisajes europeos, menos rostros occidentales; lo suyo era una pobre representación del mundo indígena.

En este decenio aparecieron también revistas regionales con temas de descentralización y creación que acentuaban la atención a asuntos nacionales y rescataban la problemática indígena. Allí estaban el *Boletín Titicaca* de Arturo Peralta (Gamaniel Churata) y su hermano Alejandro, quien asimismo publicará *Ande*, uno de los mejores poemarios de la época. Por el norte surgió una pléyade de intelectuales importantes organizada en torno al periódico *El Norte*, como Antenor Orrego, José Eulogio Garrido, Alcides Spelucín y César Vallejo, quien hacia 1919 ya había publicado *Los Heraldos Negros* y sobre quien Orrego anunció que «con un golpe genial de intuición poética y con un coraje artístico sin par, emprende la tarea más escabrosa y difícil que se haya producido en la vida literaria de América. Intenta crear, nada menos dentro del castellano y sin modelo extranjero un nuevo lenguaje poético, una nueva retórica, una nueva técnica literaria» (citado en Peralta Rivera, 2011, pp. 137-138). Como puede observarse, tanto en la literatura como en la plástica, los códigos fueron cambiando, la temática devino más nacional. Implícitamente se estableció el rechazo al eurocentrismo y se fecundó el interés por el tema nacional. Fue esta la generación que revaloró la producción de lo indígena en la dimensión de lo peruano. Pero en toda esta inquietud, *Amauta* fue la revista más emblemática de toda esta época. Fue la publicación que concentró la mejor producción de esta generación y la que marcó el tono de la ruptura, de lo nacional.

Al mismo tiempo, fue el puente con la producción más trascendente del mundo intelectual no solo latinoamericano sino mundial. *Amauta*, dirigida por Mariátegui, indicaba desde su portada el horizonte que se proponía: la búsqueda de lo nacional y una permanente reflexión sobre los problemas actuales, con una clara propuesta nacionalista, progresista y también socialista. En la plástica, a través de Sabogal y sus discípulos, plantearon el tema indígena: su lenguaje era la apuesta por la reivindicación del mundo andino. De otra parte, en la novela, Serafín Delmar y Ciro Alegría fueron la muestra más clara y evidente de cómo el discurso nacionalista caló en la joven intelectualidad.

LA UNIVERSIDAD POPULAR

Ahora bien, la Universidad Popular fue el eje desde donde se afirmó con mayor intensidad el vínculo entre estudiantes y sectores populares. En ese espacio cultural, los jóvenes apreciaron la diversidad de las manifestaciones culturales de las clases populares y estas, a su vez, tuvieron la oportunidad de recibir formación de conocimientos científicos sobre temas inaccesibles a través de las enseñanzas de los profesores (estudiantes). Así, en el fragor de este proceso de enseñanza-aprendizaje se diseñaron los discursos de cambio con los cuales los estudiantes afirmaron sus propósitos de consolidar la alianza cultural, mas no política y menos partidaria, con las clases subalternas. Desde este espacio educativo, Haya de la Torre, hasta antes de su persecución y destierro en octubre de 1923, fue el líder más activo en mantener una acción intensa con el proletariado; fue el promotor e impulsor de esta alianza. Las Universidades Populares rápidamente se descentralizaron y se fundaron en provincias, en las ciudades de Huacho, Arequipa, Ica, Jauja y Trujillo. En Lima funcionaron tanto en el local de la Federación de Estudiantes como en Vitarte. Este centro educativo fue la base para distinguir el proyecto reformista, pues a diferencia de otros países, los jóvenes

del Perú comprendieron que la educación era el mejor medio para fortalecer la alianza con el proletariado. En suma, resultó ser el espacio desde donde fortalecieron el vínculo social: la Universidad Popular fue la más importante institución creada por la juventud reformista.

Entre tanto, el gobierno de Leguía estuvo atento al desenvolvimiento de las actividades de la Universidad Popular y desconfiaba del inusitado interés mostrado por los trabajadores (alumnos) y estudiantes (profesores): el extraño vínculo de fraternidad e interés educativo sorprendía al gobierno. Al interior de la Universidad Popular se fue consolidando, entre los estudiantes, el conocimiento de y el respeto por el mundo obrero. Los estudiantes tomaron conciencia directa de las condiciones de vida y trabajo, asimismo, reconocían los valores de la cultura obrera y esto generaba, a su vez, respeto y admiración por parte del proletariado gracias a la actitud altruista de los universitarios. Los reclamos, huelgas y paros se intensificaron y el clima social de protesta fue en aumento.

Fue así que con ocasión de la oposición a la pretendida consagración del Perú al Corazón de Jesús en mayo de 1923⁷ los estudiantes convocaron a una asamblea general en la Universidad; concluida la misma decidieron marchar por las calles de Lima acompañados por los obreros que los esperaban en el Parque Universitario y el gobierno respondió con una sangrienta represión. Los miembros de la Universidad Popular, con su rector a la cabeza, fueron el soporte de estas jornadas por la libertad de conciencia. Para Haya de la Torre, ese día, bajo la dolorosa muerte de un obrero y un estudiante, amanecía una nueva fuerza social: el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. De este modo, el gobierno no encontró mejor pretexto para responsabilizar,

⁷ Los acontecimientos del 23 de mayo se iniciaron con el editorial publicado por Clemente Palma en el semanario *Variaciones* y posteriormente en la cadena de reuniones y asamblea que generó, siendo una de las más importantes la que se llevó a cabo en la Universidad Popular y en el claustro universitario ese mismo día.

perseguir y desterrar a Haya de la Torre, rector de la Universidad Popular⁸ y posteriormente expulsó del país a la plana de profesores⁹. El gobierno había llegado a la conclusión de que el líder más peligroso para la tranquilidad de su dictadura no era la clase política vigente sino los dirigentes educativos, es decir, los jóvenes profesores de la Universidad Popular.

Los estudiantes, a través del movimiento reformista, obtuvieron significativas mejoras en la marcha de la Universidad: lograron democratizarla; pusieron en el debate el tema nacional destituyendo, mediante el principio de la tacha, a 26 malos profesores (decreto supremo suscrito por Leguía); se suspendieron las listas de asistencia y se implementó el cogobierno con participación del tercio estudiantil en el Consejo Universitario. De este modo, la universidad abrió sus ventanas de democratización. Sin embargo, este movimiento tuvo una serie de intervalos, pues no hubo unidad en el movimiento estudiantil y no existía una idea clara sobre aspectos más técnicos; por tanto, la modernización no se expresó en las metodologías de enseñanza ni en la implementación de laboratorios. Como ya se ha mencionado, el movimiento rechazó las concepciones europeístas ante la ausencia de estudios sobre problemas nacionales. Finalmente, la tacha a profesores incompetentes fue de los principales logros en las universidades menores, especialmente en la de Trujillo, donde las autoridades reaccionaron brutalmente expulsando a 27 estudiantes.

⁸ A partir del 24 de abril, el gobierno inició una cerrada persecución contra Haya de la Torre. Finalmente, el 2 de octubre logró detenerlo y ese mismo día se llevaron a cabo las elecciones en la FEP. Los estudiantes, al enterarse de que Haya de la Torre había sido encarcelado, lo aclamaron Presidente en segunda votación; ocho días estuvo preso haciendo huelga de hambre, por lo que el gobierno decidió finalmente deportarlo a Panamá en el barco alemán *Negada*.

⁹ Los profesores deportados fueron Óscar Herrera Marquis, Luis F. Bustamante, Eudocio Ravines, Luis Heysen, Nicolás Terreros, Esteban Pavletich, Jacobo Hurwitz, Julio Lecaros, Alberto Delgado y Enrique Cornejo Köster.

EL DEBATE GENERACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL

Es interesante subrayar que inicialmente no existieron mayores diferencias entre los fundamentos que constituyen los dos más importantes proyectos sobre la realidad nacional en la década de 1920, esto es, el de Haya de la Torre y el de Mariátegui. Al retorno de Europa de Mariátegui en 1923, después de haber prestado servicios por cuatro años como publicista de la dictadura de Leguía en Italia, Haya de la Torre lo invitó para que dicte un ciclo de conferencias sobre la crisis mundial y así lo publicó en los periódicos. Posteriormente, en vísperas de ser detenido y desterrado, encargó a Mariátegui que asumiera la dirección de la revista *Claridad* de la cual el líder aprista era director fundador¹⁰.

Cinco años más tarde, en 1928, Mariátegui reconoció la identidad de sus criterios con los de Haya de la Torre al escribir sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* en la nota 18 del capítulo sobre «El problema de la tierra»:

[E]scrito este trabajo, encuentro en el libro de Haya de la Torre, *Por la emancipación de la América Latina*, conceptos que coinciden absolutamente con los míos sobre la cuestión agraria en general y sobre la comunidad indígena en particular. Partimos de los mismos puntos de vista, de manera que es forzoso que nuestras conclusiones sean también las mismas (1968, p. 69).

La cita nos permite apreciar el interés de los dos más importantes ideólogos por el problema nacional, asimismo, nos advierte claramente que las coincidencias eran mayores que las discrepancias en el análisis de la realidad nacional. El problema de las diferencias se hizo manifiesto dos años antes de la muerte de Mariátegui¹¹ como producto del clima

¹⁰ Este es el único proyecto en el cual públicamente aparecen los dos ideólogos, Haya de la Torre como director fundador y José Carlos Mariátegui como director interino. Este número de *Claridad*, el 5, apareció en la segunda quincena de marzo de 1924.

¹¹ Las discrepancias afloraron en las cartas entre Haya de la Torre, Mariátegui y Ravines. Apparentemente la divergencia comenzó con el lanzamiento del Partido Nacionalista,

de intrigas que lo envolvieron y a partir del proceso de ideologización que impulsó, así como del contenido del discurso político que esgrimió. De una parte, Mariátegui, con su militancia dentro de la Tercera Internacional y el socialismo, se circunscribió a las teorías marxistas y determinó su pensamiento según los lineamientos de la organización internacional. Por otro lado, Haya de la Torre, dentro de un proyecto latinoamericano autónomo, antiimperialista, nacionalista-continental, tomó distancia de las estrategias de Moscú, entre ellas de la creación de las ligas antiimperialistas, con las cuales discutió abiertamente, así como de la construcción del partido que aglutinara a todas las clases explotadas, oponiéndose al partido de una sola clase.

Por su parte, el Amauta inicialmente planteó el partido monoclasiista para en sus últimos escritos hablar de uno policlasista, lo cual le significó graves acusaciones al interior de la Internacional Comunista, pues el argentino Vittorio Codovilla, uno de los comisarios comunistas de la Tercera Internacional para América Latina, le reprochó por estar formando un partido pequeño burgués como el APRA¹². Las distancias que surgieron entre estos dos pensadores se debieron a sus filiaciones ideológicas. Mariátegui mantuvo una problemática relación con la Tercera Internacional comunista, se declaró leninista y privilegió inicialmente un partido proletario para posteriormente plantear un socialismo indoamericano, que, en mi opinión, no es otra cosa que adaptar un partido, tal y como lo había diseñado Haya de la Torre. Por su parte, Haya de la Torre siempre proclamó su independencia ideológica de las internacionales europeas y rescató la capacidad de buscar alternativas

aunque en las misivas y artículos de ambos ideólogos se aprecian claras diferencias, pues conforme Haya de la Torre define el carácter del APRA, encuentra las discrepancias con la línea impuesta por Moscú: no estaba de acuerdo, por ejemplo, con el partido clasista; asimismo, en el Congreso de Bruselas, en 1928, se oponía abiertamente a pertenecer a las ligas ant imperialistas.

¹² Sobre esta disputa es importante el libro de Flores Galindo (1980, pp. 17-36). En esta obra, el autor revisa con minucioso detalle las divergencias y acuerdos finales entre Mariátegui y los comisarios políticos de la Tercera Internacional.

propias para solucionar los problemas de América Latina. Consideró que la realidad latinoamericana, o indoamericana como prefería llamarla, es decir, el problema nacional en estos países resultaba diferente al europeo, por lo cual no podía efectuarse comunidad de intereses alguna a través de presupuestos ideológicos que eran producto del estudio de otras realidades, diferentes y tan disímiles a las latinoamericanas (1927, pp. 197-204). Fue así que este planteamiento de independencia le costó la satanización mundial por parte de todos los comunistas. En esta decisión, sorprende su coraje e independencia de pensamiento, pues por aquellos años se vivía una intensa luna de miel con la revolución bolchevique. No se trata solo de estudiar y entender la nación, sino de aplicar el proyecto político propio, lo cual resultó ser más realista.

En consecuencia, con la generación del veinte se iniciaron los estudios sobre el problema nacional. Fue el intento más sostenido por derruir los análisis petrificados sobre nuestra realidad. Los intelectuales jóvenes lucharon contra la pasividad receptiva y repetitiva; desde diversos temas procrearon un debate más actualizado y profundo sobre la realidad nacional. Es oportuno remarcar que buena parte de sus planteamientos los efectúan desde el exilio, pues muchos intelectuales de vanguardia fueron expulsados del país. La dictadura de Leguía trató de deshacerse de ellos desterrándolos en la medida que gran parte de estos intelectuales eran dirigentes estudiantiles que tuvieron que truncar sus estudios o continuarlos en el extranjero. No obstante, este hecho marcó la calidad del debate y permitió, en algunos casos, el reconocimiento internacional de algunos de ellos: Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Seoane, Eudocio Ravines, Luis Heysen, Serafín Delmar, Esteban Pavletich, Carlos Manuel Cox y, la única mujer, Magda Portal. De los que se quedaron en el país, entre los más destacados encontramos a José Carlos Mariátegui, Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre, Antenor Orrego, Arturo Peralta, Miguel Ángel Urquieta, Luis Velasco Aragón y Guillermo Guevara.

Por otro lado, en el campo de la creación, las obras de ensayistas y poetas evidenciaron el alto nivel de su producción. El tema del análisis

nacional como el de la realidad regional y la descentralización resultan reiterativos en sus trabajos. Estos intelectuales desarraigados de su patria investigaron y escribieron con pasión, y lo hicieron desde simpatías bifurcadas: unos se afiliaron al pensamiento de Haya de la Torre, otros al de Mariátegui, en cuanto ambos grupos planteaban el problema nacional desde ópticas ideologizadas. En ese afán por renovar la calidad de sus investigaciones y propuestas, la nacionalidad y la nación estaban latentes en sus reflexiones.

Los cambios promovidos por los jóvenes de la generación del veinte determinaron la eliminación de los prejuicios de clase; impulsaron el principio de igualdad democrática, tanto para el ingreso, como en el desarrollo de actividades; abrieron la posibilidad de crear cátedras libres y paralelas; lograron la participación estudiantil en el gobierno de la universidad con el propósito de evitar el nepotismo y la herencia familiar en las cátedras; evitaron el ejercicio de las cátedras *ad infinitum*, señalando una temporalidad tope de cinco a diez años, periodo en cual los profesores serían evaluados, desterrando el criterio de perpetuidad y fijando así el principio de idoneidad y calidad; exigieron la modernización y actualización de laboratorios y bibliotecas; y solicitaron que la universidad fuera más investigativa, especialmente en relación con los problemas nacionales.

El mayor logro en las inquietudes de esta generación fue el rechazo de todo diletantismo teórico, con la asunción de una profunda convicción nacionalista para estudiar y desentrañar las bases de nuestra identidad y priorizar nuestro autoconocimiento desde una perspectiva científica; por ello resulta la mejor empresa intelectual que abre las puertas a un proceso de modernización. Gracias a esta generación, el sentimiento nacionalista comenzó a comprenderse mejor y la nación se fue formando y reconociendo. La alianza de los estudiantes con los trabajadores resultó la picota que derrumbó las murallas de la indiferencia de la universidad respecto de su contexto socioeconómico, tanto en el plano nacional, como en el espíritu por la integración continental.

BIBLIOGRAFÍA

- Basadre, Jorge (1924). La emoción social. *Claridad: órgano de la juventud libre del Perú*, I(5), 11-13.
- Belaunde, Víctor Andrés (1987). *Meditaciones peruanas*. En *Obras completas*. Tomo II. Lima: Comisión Nacional del Centenario de Víctor Andrés Belaunde.
- Comité General de la Reforma (1919). Manifiesto. *La Razón*, 26 y 27 de julio.
- Cossío del Pomar, Felipe (1961). *Víctor Raúl: biografía de Haya de la Torre*. México DF: Cultura.
- Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui: la polémica con la Komintern*. Lima: DESCO.
- García Calderón, Francisco (1981). *El Perú contemporáneo*. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, traducción de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Lima: Banco Internacional del Perú.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1927). *Por la emancipación de América Latina*. Buenos Aires: Gleizer.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1931 [1927]). El problema del indio. En *Teoría y táctica del aprismo* (pp. 33 y ss.). Lima: La Cultura Peruana.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1967 [1924]). Las universidades populares de la reforma. En Gabriel del Mazo (comp.), *La Reforma Universitaria*. Tomo II (pp. 41-53). Segunda edición. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Mariátegui, José Carlos (1968). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- Mazo, Gabriel del (comp.) (1967). *La Reforma Universitaria*. Tomos I, II y III. Segunda edición. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Neira, Hugo (1996). *Hacia la tercera mitad: Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: SIDEA.

Peralta Rivera, Germán (2011). *Antenor Orrego y la bohemia de Trujillo (1914-1916)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú-Universidad Privada Antenor Orrego.

Sánchez, Luis Alberto (1962). *La universidad en la América Latina*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Sánchez, Luis Alberto (1981). Prólogo. En Francisco García Calderón, *El Perú contemporáneo*. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, traducción de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Lima: Banco Internacional del Perú.